



**Dosmiluno : relatos en crisis** / Mariana A. D'Agostino ... [et.al.]; compilado por Carolina Andrea Seoane y Mariana A. D'Agostino ; ilustrado por Max Pérez Fallik.

- 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones La Parte Maldita, 2011. 66 p. ; 20x13 cm.

ISBN 978-987-26754-7-9

1. Narrativa Argentina . 2. Relatos. I. D'Agostino, Mariana A. II. Seoane, Carolina Andrea, comp. III. D'Agostino, Mariana A., comp. IV. Pérez Fallik, Max, ilus.

CDD A863

Diseño de tapa y diagramación interior:  
Ed. La Parte Maldita.

Ilustración de tapa: Max Pérez Fallik.

©2011, Mariana D'Agostino y Carolina Seoane.

©2011, Ediciones La Parte Maldita.  
Bolivia 269, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda hecho el depósito que indica la Ley 11.723

[edlapartemaldita@gmail.com](mailto:edlapartemaldita@gmail.com)  
<http://edlapartemaldita.blogspot.com>

Primera edición, diciembre 2011.



*Licenciado bajo Creative Commons*  
Atribución - No comercial - Compartir obras derivadas igual

**DOS MIL UNO**  
**[RELATOS EN CRISIS]**



**MARIANA D'AGOSTINO  
Y CAROLINA SEOANE  
[COMPILADORAS]**

**DOS  
MIL  
UNO**

**RELATOS EN CRISIS**



# ÍNDICE

Prólogo	
Andrea Cobas Carral .....	9
La sangre	
Elizabeth Lerner .....	13
Fronteras	
Mariana D'Agostino .....	19
2001 Odisea 1570	
Gimena del Rio .....	23
La tierra corral	
Natalia Romero .....	29
1998 Concatenación	
Victoria Palacios y Gastón Linsalata .....	31
Post	
Florencia Castellano .....	35
Las fuerzas del orden	
Federico Reggiani .....	37
Verano sin club	
María Luján Tilli .....	45
20/12	
Carolina Seoane .....	49





# PRÓLOGO

*Andrea Cobas Carral*

1879, 1955, 1976, 1983, 2001: marcas seriadas que fundan en su continuidad y en sus quiebres un relato arbitrario y posible para la nación argentina. Bloques temporales que se cierran sobre sí mismos, pero que operan también como intersticios para imaginar otra versión de la historia. Conmociones políticas y culturales que la letra invoca para erigir una identidad colectiva –siempre problemática, siempre incompleta, siempre lábil– en el momento en que vacilan todas las certezas, en ese instante en el que el tiempo se obstina en volver a su hora cero. Recortes que en su carácter focalizador permiten poner en tensión el complejo vínculo entre figuración literaria e historia, entre representación y experiencia, entre texto y mundo.

Cómo leer y escribir la crisis del 2001 diez años después. De qué modo poner en palabras aquello apenas asimilado. Cómo representar eso que, como una cuña, marca el final de un ciclo –histórico, político, económico– y fija el principio de una recuperación que se construye como su contrapunto y que –en tanto advertencia– sitúa la crisis como su reverso. Cómo figurar, entonces, aquel pasado que se sustrae y se torna esquivo por su inquietante y paradójica cercanía con el presente. Los textos que integran *Dos mil uno. Relatos en crisis* proponen respuestas diversas que trazan un mapa ficcional del conflicto.

Los relatos reunidos por Mariana D'Agostino y Carolina Seoane articulan múltiples líneas de sentido que permiten

pensar la crisis en su doble condición: por un lado, en tanto catástrofe colectiva que conmueve un orden y lo clausura y, por otro, como un punto de transformación ante el que se abre un futuro incierto, pero que, por eso mismo, no excluye cierta dosis de esperanza. Desde el poema en prosa hasta el diario de viaje, los relatos forman un arco en el que la crisis es considerada, entre otras cosas, en sus relaciones con la experiencia, con las cartografías urbana y nacional y con las temporalidades que permiten historizar el desastre.

Así, la experiencia como matriz narrativa ocupa en los textos una posición que se vuelve hegemónica y contradictoria: desde el que ve, vive y narra la violencia, hasta la presencia de una subjetividad que solo puede captar una amenaza que se intuye, pero que nunca irrumpe por completo en la materialidad del relato. Patacones, corralito, cacerolas, saqueos, represión, helicópteros: el repertorio de representaciones que el 2001 deja en la memoria colectiva aflora en buena parte de los relatos. Pero también los textos muestran otra faceta de la experiencia, esta vez, de una experiencia difusa, fragmentaria y cargada de vacío: una experiencia diferida y mediatizada por otras voces que advierten, que avisan, que alarman. Discursos que instauran una brecha entre la percepción de “lo real” y una experiencia moldeada, en cambio, con las imágenes incesantes que gatilla la televisión.

Los textos proponen una cartografía de la crisis: Retiro, Once, el Centro, los barrios, Plaza de Mayo. Las villas y los departamentos de lujo: sus hombres y mujeres, sus fobias, sus miserias y sus miedos. La Casa Rosada, el ministerio: mojones de una institucionalidad que se cae a pedazos y que al caerse rompe los hilos que sostienen el andamiaje de creencias constitutivas de la identidad colectiva. Los relatos diseñan un atlas urbano y porteño en el que todo cabe: desde la figuración dramática de la violencia política, hasta un desplazamiento de sentido que

diluye esa violencia de la historia y se demora en la narración de un compendio de tragedias personales que obturan la gran catástrofe nacional. Así, Buenos Aires es el escenario de la crisis al tiempo que la crisis –y sus borrosas circunstancias– deviene mera escenografía: de la Plaza de Mayo como un sitio de la memoria cuya vigencia cobra fuerza al actualizarse en el presente de la narración, hasta la crisis funcionando como una vaga excusa que sirve de marco para narrar el desamor, el abandono o el tedio. Si Plaza de Mayo es el centro de la cartografía urbana, Buenos Aires aparece como el núcleo de una geografía nacional perturbada y signada por la incomunicación y la diferencia: desde el “interior”, la crisis parece ser tan solo aquello que les pasó a los porteños, gesto que no solo cuestiona las bases sobre las que se asienta la identidad nacional sino que también pone en crisis la representatividad colectiva de la crisis.

Espacio y experiencia, pero también temporalidades que confluyen en los relatos para historizar la crisis y dotarla de sentido: desde el peronismo clásico hasta la última dictadura militar, desde 1980 hasta el 2002, desde el menemismo hasta la Alianza. El pasado y el futuro unidos en los relatos por un presente que es daño, pérdida, catástrofe colectiva o personal. Trazos históricos que como anzuelos buscan enclavar la crisis del 2001 en una serie que la explique, que la justifique, que la vuelva –cuanto menos– digerible.

Violentos, tragicómicos, catárticos, los relatos que constituyen este libro urden una trama multifacética, compleja y plural sobre el 2001. Textos de la crisis. Textos del pasado en el presente. Textos que se instalan en el límite en el que termina la historia y comienza la literatura.



## La sangre

Elizabeth Lerner

Apagó el cigarrillo con el taco de la bota negra, masculina, y entró al bar. Lo buscó entre las mesas del fondo, las que están cerca del baño, pero no lo encontró. Para su sorpresa, Román se había sentado junto a la ventana y la luz del mediodía le resaltaba la piel ligeramente sudada de la cara, y los poros, abiertos como pozos profundos, le recordaron a ella la cercanía perdida, aquel contacto de su mejilla contra la de él, rasposa y suave a la vez. *Afuera el pavimento se raja y se traga la ciudad entera*, pensó Laura y miró sus botas, completamente inadecuadas para los treinta y seis grados que anunciaba la radio desde temprano. Román llevaba sandalias. *Se cae el techo del bar, sobre nuestras cabezas, ahora, exactamente en este momento. Se muere, ahí sentado en la silla, así nomás*. Pero nada. Román estaba ahí, sentado frente a un té de hierbas, su bicicleta encadenada al poste del semáforo de la esquina, su perfil recortado contra la ventana del bar, la mirada fija en la plaza llena de vallas, que de a poco empezaba a poblarse.

–Flaca, hola, ¿qué hacés?

–No me digas así, ya te lo pedí mil veces.

Las botas negras cubrían las piernas de Laura hasta las rodillas. Del resto se encargaban unas calzas color uva, una camisa –negra también– suelta pero ligeramente ceñida en el pecho y unas gafas de sol de lentes verdosos que se oscurecían a medida que la intensidad de la luz aumentaba. Afuera el sol daba de lleno sobre la pirámide blanca.

–¿Por qué se llama pirámide, vos sabés?

Laura lo miró como aquella vez en el tren a Mar del Plata cuando ella le había entregado la llave de su departamento. Y le había dicho: “vení cuando quieras, las puertas están abiertas siempre”, o alguna estupidez por el estilo. Siete años más tarde y enfundada en las botas altas de cuero en pleno verano no podía más que reírse de aquella vieja Laura que se parecía, fundamentalmente, a una figurita de Sarah Kay. Se rió, a pesar de todo. La plaza se iba ennegreciendo con banderas enormes y oscuras sobre las que se inscribían consignas que ella, desde el bar, apenas alcanzaba a leer. En aquel tren a Mar del Plata, Román también le había contestado con una pregunta.

–No sé por qué “pirámide”. La verdad, no tengo idea. ¿Te las vas a llevar entonces?

–¿A la pirámide?

La mueca sombría de Laura le cerró el paso a la sonrisa que estaba a punto de animarse en la cara de él. Los bombos que empezaban a redoblar detrás de los vidrios de la confitería opacaban la voz de Román, que cada tanto se acomodaba los rulos de su cola de caballo. Román había aprendido ese gesto en otro lado, en otro tiempo, durante estos últimos dos años en los que no se habían visto. No era del todo de Román ese gesto. Era muy suave, casi femenino. A Laura le empezaron a temblar un poco las rodillas y le pareció registrar el inicio de las palpitaciones que últimamente aparecían como de la nada. De pronto, el repiqueteo de los tambores se había tornado nítido, como si alguien hubiera tomado el mando del ritmo. Laura bajó la vista y se detuvo en las manos elegantes de Román. Eran manos tensas, de tendones, nudos y venas protuberantes. Alguna vez la piel de esos dedos había sido extremadamente áspera, percutida por el trabajo en las granjas del Delta, cuando todavía estaban los tres juntos, con Andy de apenas dos meses. Pero la piel a la luz de esa tarde calurosa ya era otra, mucho más suave. No era posible que fueran las mismas manos. Laura llegó a iniciar un ademán

para tocarlas, pero se detuvo y replegó el brazo velozmente, como un ratón que vuelve a su cueva. Román no se había dado cuenta porque tenía la mirada clavada en dos chicos –tendrían, como mucho, veinte años– que conversaban sentados en el cordón de la vereda, justo en frente del Cabildo. Desde el bar Román distinguía los rostros: lampiños, brillantes y encendidos. Las manos de los chicos hacían ademanes circulares en el aire, como si estuvieran intentando dibujar el contorno del mundo.

–¿Te acordás cuando todos nos parecían viejos?

Laura se acordaba perfectamente.

–No– mintió ella. ¿Lo decís por los dos que están ahí sentados?

Román la miró y le agarró las dos manos en un gesto que había sido cuidadosamente practicado. Así vestido, con esos pantalones de hilo tejido, la camisola púrpura abierta, las sandalias, la colita y esas manos que atrapaban a las de Laura como en una plegaria, así, de esa manera, le dijo que sí, que a Andy se la llevaba con él.

–¿A Mar del Plata te la llevás?– Laura tragó saliva, llena de lágrimas y mocos.

–No.

Román miró la plaza otra vez. Miró el abarrotamiento en torno a la pirámide. Habían empezado a empujarse. Un camión azul abría sus puertas y veinte escudos transparentes se plantaban entre la multitud y la pirámide. Los dos chicos seguían hablando en la vereda, solo que el telón de fondo se había transformado en un hormigueo de personas que empezaban a correr. En el bar, las palabras ya se perdían entre los gritos que entraban desde afuera. Laura vio cómo Román miraba la escena.

–Me la llevo a Madrid. Acá no da para más.

Decía esto mientras conservaba prolijamente la mirada sobre los dos chicos, sobre la plaza, sobre la columna de humo

que parecía emerger de pronto de la esquina de la Catedral. Román entonces soltó un suspiro, negó un par de veces con la cabeza y volvió los ojos sobre los de Laura. *No da para más.* Y unas lágrimas extrañas empezaron a recorrer las mejillas de Román y el agua salada entró en cada uno de los poros, como acomodándose al cauce nuevo de un río. El llanto empezó a cobrar la forma de un balbuceo húmedo y la voz de Román salía entrecortada, interrumpida por el constante gorjeo de unas cuerdas vocales que intentaban una y otra vez recobrar la cordura. Un mozo se acercó a la puerta del bar y le echó una vuelta de llave. Después caminó hacia la barra y se paró sobre un banquito para encender la televisión, que estaba empotrada en una estructura metálica en altura. En la pantalla, las imágenes reproducían aquello que estaba ocurriendo al otro lado de las ventanas. El mozo subió al máximo el volumen del aparato y Román intentó superar este rango impostando un vozarrón que al final moría en un hilito quebrado. Aún así, Laura logró escuchar que la sangre era la sangre. Que Andy, en un punto era solamente de él. Que estos dos últimos años de ausencia los iba a compensar. Que él entendía el amor de Laura por Andy, pero que Andy era y había sido siempre de él. La sangre era la sangre. La sangre tiraba siempre y, tarde o temprano, Andy querría buscarlo, volver con él. Así que para qué dilatar las cosas, más ahora que él estaba recuperado totalmente. Laura no estaba segura si él le hablaba a ella o a una antigua versión de ella que no había tenido oportunidad de actualizar. Se escuchó un tiro, afuera. Y después otro, y otro más. Y más. Román estaba desahogado. Por momentos retomaba el tema de la sangre y hasta llegó a pronunciar palabras como herencia, genealogía y destino. Algo de esta última lo subyugó. O le recordó algo. Laura aprovechó el momento y, como había hecho tantas otras veces, se limitó a arengarlo. Y también le habló de la sangre, le habló un rato largo de la sangre de él y de la de otros anteriores a él. Los tambo-



res de afuera habían cesado. La plaza se veía entrecortada. Solo se captaban imágenes entre el humo de unos neumáticos que ardían cerca de la pirámide. Los dos chicos seguían ahí, pero ahora estaban tirados en el piso, justo en frente del Cabildo. Tal vez dormían, quién sabe. Laura se los señaló a Román y le susurró algo al oído. Eran cerca de las cuatro –la hora en la que había que emprender camino para buscar a Andy en la escuela– cuando Román le pidió al mozo la llave de la puerta, desandó la vuelta que el otro había dado hacía unos minutos, y salió a la plaza.

7 de junio de 2011



# Fronteras

Mariana D'Agostino

Merlo, Semana Santa del 2002.

## *Miércoles*

Parada acá es todo tan obvio: de un lado, la sequía infinita, la aridez, las parcelas de territorios como ínfimas alfombras de juguete. Del otro, los espejos de agua como alivio, como besos en medio del llanto. A partir de ahora, sería todo así, dicotómico, dos en uno, un quiebre, una tierra partida, incomunicada por su diferencia, partida por no coincidir. El hito existe para eso: para testificar lo irreconciliable.

## *Jueves*

Los city tours como acercamiento superficial a la ciudad, de todos modos difícilmente me lo saltee. Una visita a una mina: ¡una mina! Cómo me cuesta imaginar a gente trabajando en ese valle de Conlara, mientras un poeta –el poeta– le escribía versos a los sauces. Tendría que vencer esta compulsión a poseer cualquier referencia turístico-literaria, *souvenirs* de palabras que anestesian la sensación de un viaje como este, a la nada, a la no cultura.

## *Viernes*

Las máquinas existen  
para que el pan,  
el vino,

y el pez  
se multipliquen.  
Para que tú me escuches,  
y yo te mire,  
detrás de las fronteras  
sobre el último límite.

Las fronteras no se ven más que en movimiento. El límite siempre es último. El ejemplar de Esteban Agüero que quería, que necesitaba llevarme, resultó ser una obra de tres tomos. Eso o nada. Ningún ejemplar barato. La obra completa, lo único editado como para comprar. Como siempre, un aporte más a la biblioteca de ediciones dudosas.

### *Sábado*

*Lo que pasó allá. Lo que pasó allá.* Viajar al interior es desterritorializarse: marcar nuestra pertenencia y el trazo que nos separa de los otros. Pero siempre viajar es zanjarse. Por eso, hablar del 2001 y escuchar “que pasó en otro lado”, en otro país llamado Buenos Aires, es una cachetada no esperada que me separa de la experiencia común de los puntanos. No somos lo mismo, no somos uno, un hito nos abre: lo que pasó nos ocurrió a nosotros y no a ellos, mineros, comechingones, estébanesagüeros, cualquier entidad, menos argentinos en crisis.

### *Lunes*

Quiero sentir el microclima merliano, merlino, merlinense. ¿Dónde está? No lo siento en las calles planas con el valle tan lejos de fondo, como escapándose. Acá todo lo que se eleva se aleja, se esparce. El paisaje se mueve. El pequeño clima está en la gente, que no se siente parte, que, como el valle, nos aleja. ¿O nos alejamos nosotros por lo que somos? Forasteros en el límite, en el espacio donde no somos nada y nos pasó todo.

### *Martes*

Los primeros días de los viajes son eternos, pero cuando se llega a la mitad, todo se precipita, los días se arremolinan y ahogan, pasan como los carteles en la ruta, sin poder leerlos, sin saber adónde nos dirigimos. Mis tres tomos atestiguan el desplazamiento a un lugar nuevo, a un poeta *indescubierto*, que probablemente no leeré jamás, pero que estará ahí, señalando el viaje.

### *Miércoles*

Cuando preparo el equipaje para irme, la idea está latente: un diario que plasme todo, un texto que sea más que el viaje, un discurso que supere la experiencia y la transforme, que haga parecer cautivante a un simple viaje a Merlo. Nada de eso sucede y lo plasmado son frases sueltas e impresiones indignas de releerse. Entonces, el diario como objeto queda depositado en un cajón, como anécdota olvidada, como registro de un año sin recuerdos.



## 2001 Odisea 1570

*Gimena del Rio*

*Un grupo de simios lucha contra un clan rival por un estanque de agua.*

En algún momento de mi adolescencia compré, en la vieja galería Bond Street, un cassette de Los Violadores. Era un en vivo que se escuchaba muy mal. Siempre iba al mismo local, que era minúsculo y tenía una puerta de cristal que solo se abría hasta la mitad. Solía atenderme un chico de rulos con cara de pocomeimportaqueunapendejacomovosmecomprealgo. En la vidriera colgaba los discos “legales” y, al lado de la caja registradora, amontonaba la serie “grabados con tapa fotocopiada” por los que uno le preguntaba después de un par de minutos de estar ahí dentro. Una cadena artesanal que para fines de los ochenta-principios de los noventa resultaba, digamos, innovadora y económica y, hoy, obsoleta. El primer tema de mi adquisición se llamaba “Mirando la guerra por TV”. Era, además, mi favorito. Pasaba las tardes retrocediendo la cinta una y otra vez, rww-play, rww-play.

A los seis años quise una guitarra. Me la trajeron los Reyes un enero de 1980 y mis padres me mandaron a clases particulares en la iglesia del barrio. Dos años más tarde, era bastante experta en las seis cuerdas. Por medio de la recomendación de una clienta de la tienda de mi madre, llegó un día una profesora a domicilio que enseñaba “música” (lo que marcaba una clara diferencia entre las canciones de misa o “Zamba de mi esperan-

za” y la escala pentatónica). La señora, de suéter marrón tejido a mano y anteojos de marco color carey, era lo suficientemente rígida para ser considerada una buena maestra de música. Llegaba a las seis en punto todos los martes. Yo tenía que esperarla en el living, con la guitarra previamente afinada, el “Solfeo de los solfeos” abierto en la página correspondiente y un vaso de agua sobre la mesa. Un día de otoño me mostró una foto de su hijo y me contó que estaba haciendo el servicio militar. Un martes de invierno dejó de venir. No hubo más tics en lápiz negro en los ejercicios de solfeo.

No recuerdo imágenes de la guerra en la tele, sí la cara, las voces y los relatos de los periodistas del noticiero de ATC. También me acuerdo de que dos o tres veces tuvimos que hacer en el colegio una especie de simulacro de bombardeo. Un timbre corto y se apagaban las luces del salón y nos acurrucábamos en silencio debajo de los escritorios. Como en el cine, pero los que se peleaban no eran los simios. O sí.

### *Otro monolito negro*

2001 fue un año complicado. Me fui a vivir sola, cambié de trabajo y volví a equivocarme con un novio con el que siempre me equivoqué. A lo mejor me equivoqué en las tres cosas: todavía necesitaba la ayuda de mis padres para sobrevivir, el ambiente de la escuela donde trabajaba era todo menos agradable y lo tercero mejor olvidarlo o recordarlo para olvidar. Para septiembre, mi casa estaba todavía semi-vacía y eso hacía que el timbre del teléfono se escuchara demasiado alto. El 11 de septiembre, gracias a Sarmiento, dormía intentando escapar cuando me despertó el sonido demasiado real del teléfono y la voz de Carolina que miraba la tele. Para ese entonces todavía no había ninguna en casa.



Llegaron, un par de meses más tarde, el calor, los últimos días de trabajo escolar, las tardes en la tienda ayudando con las ventas de Navidad y los finales. Menos mal que ese diciembre parecía traer consigo algo de diversión: un inglés amigable y borrachín al que había conocido en un bar del Bajo andaba de paseo por Southamerica y había decidido pasar una temporada en la exótica Buenos Aires. El tipo se jactaba de ser el mejor albañil de su pueblo. A mí me sorprendía su despilfarre, tan alejado del de los muchachos de la obra. La definición de albañil debe cambiar según el espacio.

Una de la tarde, más o menos, dolor de cabeza. Mi madre estaba en el dentista. A mi hermana y a mí nos había tocado la tarde de “Vendedoras de Lafayette”, muy canal 9. Acababa de hacer café para las dos, preparándome para jugar a entender a Chomsky y amigos, que dormían sobre el mostrador. La idea era presentarme al temido final en marzo. David y su ambo celeste salieron de la Óptica y cruzaron la calle:

–Che, cierran, que están saqueando en Plaza Once. Nosotros nos vamos

Pensé en decirle:

–Tengo miedo, Dave.

Pero la verdad es que no tenía miedo. Lavé las tazas con el café que nunca tomamos y guardé los apuntes, mi hermana apagaba las luces y bajaba la cortina de la entrada. Éramos las únicas que cruzábamos Pueyrredón. Miré hacia el lado de Once, como si esperase la llegada de un malón de indios.

Mamá ya estaba en casa y papá dormía la siesta. Comíamos en la cocina mientras el helicóptero cruzaba el cielo de la tele una y otra vez. Otro monolito negro. Un comerciante coreano lloraba desesperado mientras devastaban su supermercado. El periodista no hablaba, solo dejaba su micrófono cerca de él, que apenas podía indicar con la mano lo que pasaba. Pensé en Chomsky y en la dificultad de ese pobre hombre para expresar

con palabras desconocidas su desolación. También pensé en mi abuelo, que estuvo despachando fiambre y yogures hasta sus últimos días.

### *Estado de hibernación*

Como no se podía salir de noche, nos reuníamos en casa. A veces éramos un grupo bastante numeroso. Tomábamos mate en la cocina y casi ninguno tenía que preocuparse por mucho. Juventud era el mejor antídoto contra el decreto 1570. También venían F, mi mejor amigo, y su moto, y el inglés y sus cervezas. Un viernes fuimos al *hostel* donde estaba parando. Yo llegué temprano por la tarde. Era un conventillo reciclado en la calle Rivadavia, al lado de un cine porno. El inglés me había contado que desde su baño se podían escuchar los gemidos de las actrices. Un par de horas más tarde llegó F. Entró por el altísimo portón de madera color verde recién duchado y oliendo a perfume. Como siempre.

Dejamos la moto en el zaguán, que tenía unos mosaicos marrones y amarillos preciosos, y una rejilla de esas con agujeritos de las que no hay más. F me dijo que había visto un grupo de gente en la 9 de julio, con pancartas y palos. Fuimos a una sala grande con sillones y un microondas. No había tele. Mi candidato destapó una cerveza y otro inglés recién salido de la cama sacó una guitarra y me dedicó un tema de Rainbow. Le pregunté si me la prestaba.

—¿Sabes tocar la *guitar*?

Estiré los brazos mientras pensaba en alguna canción.

Debería haberle contestado:

—Mi instructora fue la señora Langley. Me enseñó una canción, si usted quisiera, podría cantársela.

Pero no lo hice. Canté una canción de Bowie que nadie conocía. Cuando acabé, el inglés me llevó de la mano hasta uno

de los balcones. Estábamos en un primer piso, pero parecía más alto, tal vez porque el balcón era de esos de tipo francés, una baldosa apenas y barandilla de hierro. En este caso, ambas, en muy mal estado. F se había ido con el negro Ali a su cuarto. El negro, que era hijo de un embajador en África, vivía allí desde el otoño y atesoraba todo tipo de alcohol importado bajo la cama.

Nos besábamos con el inglés cuando empezaron los ruidos de los vidrios que se rompían, la carrocería de los autos que se abollaba, los gritos. Tal vez habrían empezado antes, pero yo estaba demasiado ocupada pensando en lo patético que es besar a un borracho cuando una no lo está. Miré por arriba de su hombro, un grupo de hombres jóvenes (la mayoría sin remera) corría por la calle, otro con escudos transparentes los seguían. El inglés salió corriendo a buscar su cámara de fotos.

–¿Qué hacés, nena, metete adentro?

F movía los brazos y caminaba hacia el balcón con un vaso en la mano. Creo que no me di cuenta de que corría peligro. Era como mirar la guerra por TV.

El chico que trabajaba en la recepción nos llevó a todos a una salita en la parte de atrás del conventillo, en un tercer piso. Éramos como 20 en una habitación llena de camas viejas y olor a humedad. Hacía mucho calor, el negro Ali repartía vasos de gin y solo se escuchaban las risotadas de los ingleses. Antes de subir por la escalera de mármol, llamé, sin permiso, desde de la recepción:

– Estoy en lo de Marta. Me quedo a cenar con ella y unos amigos.

Mi padre me dijo que para el próximo cumpleaños me iba a regalar un teléfono.

Nos sentamos sin hablar sobre una mesita de luz llena de polvo F y yo. Ahora, encerrados con los ingleses, sabíamos que era evidente que algo así iba a pasar, y que se iba a mover

desde el Obelisco hasta San Telmo, por las avenidas y por las calles empedradas.

Bajamos en una o dos horas, más o menos. Con la luz apagada, por el pasillo caminamos en silencio hasta el zaguán. La puerta estaba cerrada y la moto, donde la habíamos dejado.

### *Más allá del infinito*

Pasamos algunas horas más en la sala, a ratos pensando qué hacer, en un futuro inmediato y en otro más lejano, a ratos, comiendo papas fritas y oliendo la marihuana de los demás. Muchas veces también se rompieron vidrios ahí dentro. Las botellas se amontonaban en las mesitas y a nadie parecía importarle. Salí de nuevo al balcón, era de noche. Con F decidimos que debíamos volver a casa. Me despedí del inglés, que no parecía demasiado apenado por mi partida. Balbuceó alguna frase que terminaba en *baby*, pero la conversación ya no tenía sentido. Adiós. Ali levantó un brazo desde uno de los sillones. El color y las estrías de su panza me hacían pensar en Júpiter.

El chico de la recepción abrió la puerta de madera pintada de verde con un cierto temor compartido. La moto pisó los palos y las piedras, también un pedazo de tela. Nos deseó suerte y nos subimos a la moto. Creo que los dos teníamos miedo, aunque no sabíamos muy bien a qué. No había nadie en la calle.

Cruzamos la 9 de julio esquivando palos y piedras mientras sonaba la alarma de un banco. Llegamos a Avenida Santa Fe. Como un monolito flexible, desde una galería, ajeno a todo, un Papá Noel inflable movía sus brazos.

## La tierra corral

*Natalia Romero*

Tiro todas las miguitas del mantel. Es casi la hora en que la luna está en lo álgido del cielo. Un campo abierto, una pampa libre. Pregunto: ¿me ves? Afuera suenan cachos, cachas. Unos candombes o coros, o corazas o corales. En el balcón de casa están mamá, papá y la Gorda, cabeza afuera chusmean todo ahí abajo. “El corralito” dicen.

¿Escaparon las ovejas? ¿No pastaban en la calma pampa? ¿Han salido o han quedado acorraladas? Y ahí, dónde. Es como los pastos cortos del patio del abuelo, o como los pollitos caídos dentro de la caja de cartón y al olvido.

Las ovejas habrían escapado y estarían bordeando todas las esquinas. Casi me hago bolita y ruedo entre los chillidos de las cacerolas abiertas del rumor estrépito de la vereda repleta. Los hierros, los teflones, las pavas, una orquesta enorme gritaba. Las calmas ovejas pampas rompían el silencio. Papá puteaba bajito, señalaba a mamá quiénes andaban ahí “de cacerolas”. La Gorda y yo prendimos la tele: apareció Cavallo que decía que se iba, ¿adónde? Pensé en las ovejas de aquel corral, en el campo abierto, en las ganas de irme a la playa a jugar con las olas y el mar. “Parece que va a estallar el mundo”, le decía Marta a mamá, cada mañana al cruzarse en el pasillo. Eran los días de pura cacerola y corral. Afuera, crisálida pálida la luz, los edificios la muerte, la huida la nube cruda. Era la niña que mora que espera. En la pantalla los saqueos, las caras del llanto, ¿un país? ¿Una Nación? Silencio. ¿Me ves? Ni madre ni padre me

ven mientras lloro en la ventana los ojos del otro. Quiénes son ellos, cuáles sus amores, cuáles sus muertes, sus tiros, su sangre. Cuál su corral.

## 1998 concatenación

*Victoria Palacios y Gastón Linsalata*

Sus ojos durmiendo en la quietud de una cama vacía –reposándose en los pocos pliegues que una cama vacía y ordenada puede ofrecer para el regodeo de la vista– parecían dos bolitas de cristal. Empañadas las bolitas, secos sus ojos. Una colección de pistolas de colores se mostraba a su imaginación como tantas otras veces. No sabía porqué esa imagen superficial conmovía sus huesos con la fuerza que solo las imágenes de la memoria pueden provocar. No sabía porqué un desorden de muñecos, ropa interior y cochecitos de colección regaba la alfombra. Lo que sí sabía –y sus ojos ya no se entretenían en la trama inexistente de una cama en la que hacía tiempo no dormía nadie– era que esos colores pegados en la carcasa mentirosa de unos juguetes de colección sería lo último que vería. Qué porquería detenerse a mirar el paso del tiempo en esos colores desteñidos, marcas, roturas y huellas impresas de gran cantidad de usuarios que ingenuos se acercaban a las pequeñas maquinarias como si existiese la posibilidad de un encuentro original. No había diferencia entre esos artefactos y ese desvenecado cuerpo que ahora no tenía profundidad, solo una capa vidriosa, ultra transparente que se hundía en la soledad de una cama vacía. Con los ojos clavados en la sábana solterona y limpia, viendo los autitos destrozados de su niñez, abrió la ventana sin mirar para afuera. Las manos que temblaban decían que su cuerpo desnudo no enfrentaba con entereza las brisas del verano soleado que se colaba. Se dijo “no debería haber tomado

tantas pastillas” (al fin para tirarse por la ventana desnudo no era necesario tomar tantas pastillas). Se dijo que él no era un autito de colección que aunque despintado y viejo podía alimentar la imaginación de cualquier niño voluntarioso. “¡Bang Bang! Y listo, nadie podría infiltrarse en sus planes estratégicamente estudiados durante tantos años”. Se dijo que esperaba que ningún niño voluntarioso lo viera ahí, tirado en la vereda, desnudo su cuerpo rechoncho y sin color. Cuántos niñitos bajo su tutela, haciendo uso de sus mismas estrategias, participando de sus mismos planes, sin saber ni de las estrategias, ni de los planes, sin saber que eran niñitos. Muchas otras veces, también, había entrado en ese soliloquio repetitivo en que el miedo y la exposición hacían de su cuarto, de cualquier cuarto, un pequeño presidio que limitaba su propia experiencia mientras el mundo se sucedía en forma veloz. Quizás la única forma de soltar la carnada, que constituía esa sequedad desproporcional a su cuerpo, fuera escupir las pastillas y saltar al vacío con el vértigo que puede provocar el dolor que se avecina. Pero, no era posible en él, tan rechoncho como cobarde, tan impedido de ocultar su carnada colgando y esa idea insoportable de imaginar al niño voluntarioso que viniese dispuesto con toda la inexperiencia y simplicidad que puede tener un niño voluntarioso. Y sin embargo, sus dedos temblorosos se desprendían de él como tantas otras veces el mundo. Ese bullicio exterior que se acomodaba siempre a la misma hora, casi conspirativamente, debajo de la ventana, cualquier ventana –como su soliloquio de muñecos– para espíarlo, controlarlo e impedir que cruzara la frontera que tanto anhelaba.

Se habló de un tiro, de una casa de campo, de un suicidio inducido. Después la huida, el viaje, la cuenta bancaria, tantos niños que esperarían en algún lugar para colmar su muerte prematura. Pero, nada, la nada misma se mostraba ahora frente a esas bolitas de cristal que sobresalían de la flacidez de un cuer-



po rechoncho que se derramaba sobre las baldosas de la vereda de un edificio de mala muerte de cualquier ciudad.

Y una tormenta de ojos violando como tantas otras veces la intimidad de la muerte de un hombre que vivió y murió públicamente.



## Post

Florencia Castellano

*El helicóptero de rescate tuvo velocidad de rafting  
-y así como una semilla se vuela hacia otra hectárea-  
siempre está el que no quiere subir  
y queda.*

Por el vértigo en las manos húmedas el pinzamiento de vértebras la apatía de persistir entre los yuyos y tragar agua en una inundación con kayaks sin arreglar desde 2001 y en verano con el apagón de ayer más la falta de gas más la falta de luz y la heladera con alimentos vencidos a corto y largo plazo corte de voluntad con semejante desatención en las rutas los mosquitos con hambre real entre unas piedras mojadas en el camino con palos en la rueda que silencian el paso de las alpargatas que no va más el yute por resbaladizo como un vaso con soda perdido en un mostrador sin público sin números de emergencia a los cuales acudir porque no devuelven los llamados que importan si son inoperantes y piensan a la gente sin la gente y por el calor esto termina mal según la gente y para las estadísticas que se cumplen en los manuales de protocolo las alpargatas no entran ni salen de los helicópteros y menos cuando el pinzamiento en las vértebras se cruza con un avión en llamas que es otro palo en la rueda para el kayak roto que no permite escapar ni salir de una red de contención inoperante más los yuyos crecidos al borde como números de listas de personas entrando en un porcentaje de gente que se sabe va a terminar mal y por eso las

mandan a sus casas a que busquen donde no hay dónde entre los colchones y los ahorros y los aros de nácar y los misales y las burbujas de un vaso de soda cayendo como una pelota desde lo más alto de la inundación y con el calor haciendo cortes de ruta con postes de luz electrificados según dice la prensa se pide el permiso primero segundo se pide el vuelo tercero se pide el vértigo en las manos húmedas agarradas de los caños del helicóptero primero se llama si hay teléfono segundo se cosecha si hay semilla y tercero se sacan las piedras del camino los palos de la rueda que sigue girando en el remolino porque esto no va más no contestan no hay quien se tome el vaso el sifón explota y no va no predispone a un final feliz.

Publicado en *Relieves de dispersión*, Buenos Aires, IAP, 2009.

## Las fuerzas del orden

*Federico Reggiani*

No hablamos de gramática, por esta vez: ella era una subordinada. Suboficial de la Policía de la Provincia de Buenos Aires. Hacía su trabajo con el minucioso desinterés que le habían enseñado en la escuela Juan Vucetich. Era así, o un poco menos: lo suficiente como para verla existir cada vez que la veía. Todo lo que ocurre es el resultado de una cadena de causas minúsculas y por eso todo lo que existe parece un poco milagroso. Había, por ejemplo, una panadería. Las panaderías conservaban, por aquellos años, si no el monopolio, por lo menos un franco dominio en el mercado de los, naturalmente, productos panificados. Hasta es posible especular que la crisis las reinstaló momentáneamente en su sitial de privilegio por encima de los supermercados grandes, pequeños o chinos. Le dicen “el salto del gato muerto”. Se puede buscar en otro lado, así que no vale la pena explicarlo acá, ahora estamos en el futuro, es un dato que agradeceré que se mantenga fresco en la memoria. Porque cuando había panaderías no era el futuro, aunque fueron esos meses los meses en los que el futuro empezó.

Había panaderías y una en particular que ofreció durante esos meses dos servicios fundamentales. “Las Tres Espigas” vendía facturas recién hechas por una ventanita abierta en la mismísima puerta de chapa del obraje, en horas tan extravagantes como las cinco de la mañana. O las cuatro y media. Las facturas, todo hay que decirlo, si la hora resultaba demasiado extravagante, podían ser del día anterior, pero la ventanita se

abría de todos modos. El segundo servicio –eran dos los servicios– no era solo un gesto de solidaridad con el consumidor, sino, podría decirse, un gesto de patriotismo. Por irresponsabilidad o por cálculo, “Las Tres Espigas” aceptó patacones casi desde el día de su emisión. Si alguien no sabe qué eran los patacones, no me importa. Estamos en el futuro, que averigüe. Por si no se entendió: una persona cualquiera podía comprar facturas recién hechas o con casi 24 hs. de antigüedad a las cuatro, cuatro y media, cinco de la mañana, y pagarlas con patacones.

Patacones relucientes. Los billetes de 10, 20 o 50 patacones siempre fueron relucientes, con la capacidad intacta de crujiir propia de los billetes nuevos. Eran billetes perfectos, era un gusto sentirlos abultar en la billetera. Un Patacón, un dólar. El único inconveniente –y aún es injusto hablar de “inconveniente”, porque sin esa cualidad de lo real no habría, aquí y ahora, nada para decir– era que para obtener los patacones había que conseguir un cajero automático libre.

Todos los días, a cualquier hora, los cajeros quedaban al final de una cola que podía dar vuelta a la manzana: horas de espera y conversaciones asustadas. El final o el vacío. Cuando a la distancia el explorador encontraba un cajero solitario, podía estar seguro, antes de completar su recorrido hasta el cartelito burlón (“por el momento no podemos entregar dinero”) que no iba a poder encontrar dinero. Ni patacones, ni conversaciones asustadas. Es lo que tiene ser rico cuando todos son pobres. Existía la subordinada y la panadería, la cuasimoneda y la carga –difícil de saber si aleatoria o cuidadosamente planificada en su escasez– de los cajeros automáticos: suficiente como para empezar.

Fueron días de calor, de manera que no resultaba raro no poder dormir. Carlos (pueden ustedes llamarlo Carlos, como Ruckauf, que finalmente fue quien firmó los patacones)

pasó por la puerta del ministerio a las tres o tres y media de la mañana. Un martes. Con sus últimos patacones planeaba comprar algo. Un deseo indefinido: podía ser una revista, un helado, esto o aquello.

La puerta del ministerio era una imponente pieza de hierro de dos hojas, al final de cinco o seis escalones de piedra. En algún momento de la historia del edificio la moral pública había sufrido una modificación sutil y el peso simbólico y físico del portal (“aquí está el Estado”) cedió su poder a los dictados de la comodidad (“por acá tenemos que pasar nosotros”): habían abierto una puertita, que usaba como marco el portal original, que así quedó cerrado para siempre.

Esa puertita estaba entreabierta o más que entreabierta un martes a las tres, tres y media de la mañana. El módico espíritu de cazador que algún mamífero ancestral se había dejado olvidado en el interior de Carlos tomó el control por un instante brevísimo: adentro del ministerio había un cajero automático, probablemente lleno de patacones y probablemente sin competidores haciendo cola.

Carlos sabía, también, que detrás de la puertita tenía que haber un policía: el Estado tiende a ser regular y previsible. Por eso no se sobresaltó cuando un tenso “señor” apenas interrogativo saludó su entrada al ministerio. Detrás de un escritorio estaban las fuerzas del orden: una mujer policía muy joven y muy hermosa, con el uniforme azul oscuro bien planchado, peinada con una trenza que parecía dolorosa en el modo estricto en que ordenaba una melena oscura que Carlos imaginó de inmediato suelta y cayendo sobre la cara de la chica. Era evidente que había tratado de disimular su juventud con el peinado, así como un jovencito puede usar la barba para presentarse a su primer trabajo. La idea de “barba” sobresaltó la imaginación de Carlos, porque resultaba blasfema superpuesta a la imagen de esa cara perfecta de ojos enormes, un poco enrojecida por el esfuerzo

que le exigía el ejercicio legítimo de la violencia estatal, aún en las moderadas dosis necesarias para impedirle el paso hasta el cajero automático.

Carlos transitó los modos del informe (“pensé que se podía usar el cajero”), la súplica (“tengo un problema familiar, necesito sacar dinero”), el humor cómplice (“no me habrás visto cara de delincuente”) y la resignación (“está bien, no te haga problema, no te quiero comprometer”). Cada una de las inflexiones de la mentira o del cálculo tuvo su cuota de éxito: expresiones de comprensión, pena y simpatía en sintonía perfecta con cada una de las tonterías que ensayó Carlos. Se despidió con una sonrisa correspondida. La policía mordió una express después de despedirse, y Carlos imaginó las migas sobre el escritorio aburrido.

La única decisión verdadera que tomó fue para resolver la disyuntiva: volver unos minutos después, volver al día siguiente. La panadería iba a estar a su disposición en las dos madrugadas, y lo impulsó un rasgo de genio o de audacia. Con sus últimos patacones compró en “Las Tres Espigas” unas facturas que eran reproducciones en miniatura de medialunas, vigilantes o tortas negras. Había hasta bolitas de fraile, y se vendían al peso: calculó con exactitud que un cuarto kilo iba a configurar un paquete que eludiera los riesgos simétricos de la mezquindad y el exceso. Tampoco podía pagar mucho más, pero aún así corrió el albur, porque el método de comercialización (un rostro a oscuras detrás de una ventanita de chapa) impedía las típicas correcciones de último momento (“mejor poneme medio kilo”) tanto como la selección del producto.

Se fueron los patacones por el hueco negro, y volvió Carlos al ministerio. La puertita estaba cerrada, pero cedió a su ejercicio tímido.

“Me pareció que estabas aburrida de comer galletitas”. Éxito: dos sonrisas. La primera, franca, agradeció el modo en



que la madrugada interminable quedaba interrumpida o por lo menos decorada por una variación. La segunda, irónica y seguida por una indicación con la cabeza hacia el pasillo en sombras, acompañó la comprensión resignada de las intenciones de Carlos. “Pasá al cajero, pero no tardes mucho”.

En ese momento se produjo el rasgo de genio, porque facturas, aún mini, compra cualquiera. “No te quiero comprometer”, dijo Carlos, y él mismo se sorprendió: una cajero automático vacío era un regalo que exigía mucho autocontrol rechazar. Pero lo rechazó, saludó y se fue.

Por supuesto: la madrugada siguiente fue, con otro paquetito. Había conseguido sus patacones después de una cola al sol de dos cuadras y media. El horóscopo que la Provincia había comenzado a imprimir en los tickets de la extracción le había resultado favorable, aunque todo el mundo sabía que ningún funcionario iba a arriesgarse al anuncio de una desgracia en esos días de calor en los que bastaba la menor chispa para que honestos ciudadanos se convirtieran en decididos revolucionarios, al menos por un rato.

Así que fue al ministerio, aunque le martillaban en la cabeza frases como “doce por veinticuatro”, “veinticuatro por cuarenta y ocho” y demás sistemas de guardia y descanso que, según le había explicado un amigo que dormía la seguridad en el Senado, organizaban la vida de los policías. La sonrisa franca y libre de todo cálculo que se le escapó a su policía personal cuando Carlos se asomó con su paquetito de minifacturas bastó para informarlo de que no todos los policías mantenían el mismo régimen horario.

No debiera sorprender a nadie que haya estudiado la estructura tridimensional de las proteínas el hecho evidente de que la geometría organiza la vida antes que la voluntad o la razón. Había dos sillas, y las dos estaban del mismo lado del escritorio, de manera que fue natural inaugurar una complici-

dad que los ponía del mismo lado cuando alguien asomaba por la puertita metálica. Casi todos eran empleados del ministerio, que saludaban y se perdían en la sombra con la seguridad de los propietarios. A Carlos y a su policía los hacían morir de risa los pijamas apenas disimulados como pantalón de gimnasia, los pelos despeinados, las caras lavadas de señoras que no saldrían jamás sin maquillaje; la posesión de patacones como hecho de fuerza mayor. Una de las señoras estaba en plena extracción cuando Carlos besó a su policía, y sintió el gusto leve del dulce de leche y la crema pastelera de sus facturas y fue feliz.

Ya había anuncios del amanecer cuando dejó, un poco resignado, su puesto detrás del escritorio. Se habían besado largamente, se habían tocado un poco, habían hablado sobre Ruckauf; Carlos aceptó que a los policías los trataba con respeto y agregó de su propia cosecha que los Patacones habían sido, finalmente, una gran cosa. El sol ya rebotaba en la calle y Carlos todavía no había pensado ni una vez en el Frepaso.

Pasó dos madrugadas más con su policía. Se acariciaron todo lo que el espacio semipúblico les permitió, pero ella no quiso verlo fuera del ministerio. En esos días, pasó la Revolución y siguió de largo, pero Carlos no se enteró de mucho. La cuarta madrugada, Carlos encontró a su policía junto a un policía enorme y gordo. Las luces, impiadosas, iluminaban el pasillo hasta el cajero. Fue el cajero la respuesta cuando el policía lo interrogó con un sencillo movimiento de cejas. “No se puede usar”. Carlos alcanzó a ver que el gordo se despedía de su policía con un beso distraído en los labios. También vio o sospechó o inventó la mirada triste de su policía, como si le pidiera disculpas o ayuda.

Carlos sabía de la existencia de un comisario que había favorecido a su policía con ese puesto seguro al cuidado de nada. “Un amigo comisario”, había oído. No volvió al ministerio nunca más.

Un mes o dos después –no cuentes por los cónsules los años– la encontró en la calle. Se miraron primero, se saludaron con un beso tímido en el aire.

“Te fuiste”, dijo su policía. Carlos no dijo nada. “Sos como De La Rúa”, dijo su policía, muy contenta. Lo saludó y no la vio más.

Y así fue como empezó el futuro.



## Verano sin club

*María Luján Tilli*

Pelota, cancha, pasto, pileta... “Francisco, es tu vieja, vení a atender, nene” me grita Hugo, el gordo que atiende el buffet del Club. “Tenés que venir a casa ya con tu hermana. Vienen en malón desde el fondo. Van a prender fuego el Club” dice mamá del otro lado del teléfono. “Virginia vení, mamá está loca, me habló a los gritos por teléfono recién. Habla de un malón”. Ella está sentada en el piso del otro lado de la cancha en pose con sus amigas, hablando con los tarados de básquet. “¿Qué malón?”, contesta. “No sé, vamos antes de que venga y se enoje.”

A mi hermana no le gusta que la manden, menos su hermano menor, menos delante de los tarados de básquet. Se levanta de golpe y me empuja a un costado. Yo camino apurado detrás de ella, “Virginia esperame, tengo la bici atada” le pido. “Dejala, vamos a ver qué quiere la vieja y volvemos”. Camino a casa, mi hermana pateo la tierra haciéndomela tragar, como siempre voy detrás de ella. Me duelen los brazos, la pileta me cansó. Las cuatro cuadras a casa parecen estirarse, tardamos años en llegar. Hace mucho calor, me siento incómodo, no hay nadie en la calle y pienso en el malón que nombró mamá. Virginia murmura insultos para la mami. ¿Quién podría querer incendiar el Club? Virginia mira la tierra, aprieta los puños y la boca. Creo que la mami espiaba por la ventana cuando llegamos porque abrió la puerta ni bien pisamos la vereda de casa. La cocina está a oscuras. Toda la casa.

Tele prendida, humo. Humo, humo, gritos, cacerolas,

gritos, calles cortadas. Humo, humo.

–¿Qué pasa?

–Se fue todo a la mierda, ustedes dos no se mueven de acá, no se les ocurra salir ni a la esquina.

Mi bici.

Las manos de mamá tiemblan, están coloradas de tanto apretar un paquete de cigarrillos. Virginia la mira con odio y desaparece pegando un portazo. Se encierra en el cuarto, no me deja entrar. Vuelvo a la cocina, la panza me hace ruido, tengo hambre. La mami no se da cuenta, así que me preparo solo la leche. Tengo ganas de comer galletitas marmoladas, pero prefiero no pedir permiso para ir a comprar. Frente a la tele, mamá grita, llora, se agarra la cara con fuerza. La gente en la tele corre, grita, llora. Mamá se deja los dedos marcados en los pómulos blancos, ahora rojos. El cenicero es una montaña de colillas. No saca los ojos de la pantalla, no me contesta. Me canso, me aburro.

Virginia, por fin, me deja entrar al cuarto a buscar mis juguetes. Habla por teléfono con sus amigas a escondidas de la mami, se prueba la ropa nueva que recibió para su cumpleaños. Espera que mamá nos deje volver a salir pronto para estrenarla. Yo también quiero hablar con mis amigos. Quiero ir a rescatar mi bicicleta.

–¿Puedo ir al Club mamá?

–¿No entendés que es tierra de nadie? ¿No ves la televisión? En la vida no todo es club, queridito.

La gente se toma aviones en la tele, llora y se va. Acá afuera no pasa nada, está todo igual, yo lo sé, espíe por la terraza. Mamá me fajó porque me descubrió. Me dijo que estoy buscando que los saqueadores me peguen un tiro, que nos maten a los tres.

Estoy casi seguro de que en el supermercado de la otra cuadra miran el mismo canal que mamá. Están en el techo hace una semana, desde que volvimos del Club con Virginia y no

volvimos a salir. Están ahí arriba día y noche, con armas largas. Pero no pasa nada. Mi bici sigue en el Club. Por suerte, tiene cadena.





## 20/12

*Carolina Seoane*

### *I*

Alegremente desparramada sobre la silla de ruedas, Isabel enfocó la calle con su pupila verde.

Desde el ventanal del octavo piso, las hileras de gente parecían una postal demasiado antigua. Un mal recuerdo, oscuro y escandaloso. El recuerdo de una invasión de hormigas devoradoras.

Desde el octavo piso del edificio elegante, Isabel alternaba entre los ruidos de la televisión y la carta de Facundo desde lejos. Las gotitas de sudor le corrían por la espalda pero estaba sola tiritando contra la gasa de su camisa blanca.

Era increíble lo que acababa de leer, era maravilloso. Un bisnieto. Facundo iba a ser padre en mayo. Un bisnieto. Siempre había soñado con una familia grande, repleta de niños de diferentes tamaños vestidos con pantaloncitos de terciopelo azul.

La televisión estaba insoportable, entre el calor y los gritos, era evidente que ese día no podría dormir la siesta. Encima, Belén que no llegaba y la camisa cada vez más húmeda adherida a su espalda.

Hubiera deseado tener la flexibilidad y la juventud necesarias para desnudarse. Hubiera deseado observar las pecas de sus hombros descubiertos y volverlas a contar mientras se acariciaba el vientre. Hubiera deseado tener un vientre enorme y claro, como el que ahora albergaba al hijo de Facundo.

De nuevo en la ventana, se perdió en el jacarandá que dominaba la vereda y recordó una vieja canción que le cantaba a sus hijos. Trepó por cada una de las ramas del árbol y los fue imaginando pequeños, tarareando una melodía que coincidía con el movimiento de sus labios.

Por primera vez en muchos años, pensó en sus labios. Se proponía reconocerlos, así que apoyó con suavidad la punta de la lengua y los recorrió una y otra vez, dibujando círculos transparentes.

Le ardían las comisuras pero el árbol se impuso. Sus hijos se colgaban del tronco y se rasgaban los pantalones de terciopelo. Entonces, reconoció un grito, un alarido, una explosión muda.

La calle era ahora simplemente el marco, el recuadro, lo que rodeaba o le sobraba al árbol. El ventanal, la televisión, los ruidos, la camisa empapada y el atardecer eran una fosforescencia violeta, un segundo plano en su memoria.

Sin pájaros, sobre la tarde rota, Isabel se concentró en aquel alarido. Árbol y grito formaban una conjunción cercana en su recuerdo. Y la calle como una explosión muda.

Contra el aire naranja, la melodía se hizo más persistente en su oído bueno; entonces sintió cosquillas como hileras de hormigas devoradoras caminándole por las piernas; estalló en carcajadas y comenzó a cantar. Del principio al fin recordó la melodía que compartía con sus hijos y eso la hizo feliz. El árbol también estaba florecido e inmóvil.

Muchos jóvenes atravesaron la calle, manchas rodeando el árbol del que colgaban sus hijos. Eran un excedente en su paisaje familiar desierto. Si hubiera podido moverse o gritar, los corría del medio, imperfecciones atravesadas en el atardecer naranja, fuera de mi vista de pupila verde, fuera de mi grito. Grito o alarido o explosión muda de la tarde. Ver. Desmenuzar entre los dedos torpes las aristas de la tarde.

La copa exagerada reparaba a los intrusos, que como hormigas venenosas, succionaban la sombra del jacarandá. Hileras antiguas de alaridos que nunca llegó a comprender, se enredaban con la melodía en su oído bueno. Entonces, no supo si sería un grito, un alarido o una explosión muda.

Era imposible que fuera lo mismo, que la historia se repitiera frente a su ventana como las frases de Facundo, demasiado parecidas a las de todos los que van a ser padres en mayo y están lejos. Se sintió desgraciada por recibir una esquila tan corta. Hubiera preferido una tarjeta musical. Hubiera preferido el silencio o la sorpresa.

Además, el hijo de Facundo no usaría en mayo pantaloncitos de terciopelo azul como sus hijos el día del alarido, de las hileras, del grito en el árbol.

Apagó la televisión, no decían nada sobre las nevadas en París, donde su hija y su nieto esperaban la primavera. Insistían con las columnas devoradoras, con el aire enrarecido, con las declaraciones confusas.

Afuera, los mellizos se hamacaban en las ramas, escondidos para que ella no los viera desde el estudio en el que ensayaba una canción barroca. La radio aturdía su oído bueno, pero llegó a entender que la plaza estaba llena, que no iban a moverse hasta que liberaran al General, que hileras de hombres carcomían la ciudad, la decencia y el buen gusto.

Hubiera deseado tener un vientre enorme y claro, un vientre doble; hubiera deseado desnudarse y contar sus pecas una a una, abrazarse a esa tarea inútil e infinita. No supo si fue al mismo tiempo su grito disidente y el alarido de los mellizos. No supo si la melodía se extinguiría para siempre en la explosión muda de la tarde.

No supo si eran reales las columnas de hormigas que por fin devoraban las ramas del árbol erigido en su paisaje familiar desierto.

## II

Hundo el pie en la huella marcada en el barro. Es de una zapatilla un poco más grande que la mía; una huella fresca, reciente, y empiezo a seguirla. Huellas pequeñas se enciman en la tierra húmeda. Huellas enormes la perforan. Mis piernas se hunden entre la sucesión de pisadas que van formando un atajo o un camino de agujeros azules.

Todo el barrio encima sus cuerpos y dibuja una figura concéntrica, un círculo, un centro, un fulgor común. Hace calor y no hay formas como hileras que respondan a un orden pre-establecido. No hay sino los cuerpos del barrio encimándose en formas cerradas, dejando huellas en la tierra.

No hay. Excepto el horizonte hediondo a dos o tres metros de distancia de la última huella, la casi imperceptible, del fulgor común.

No puedo llegar al límite, a la frontera del círculo que me escupe afuera del barrio. ¿Qué forma tiene el dolor en el octavo piso de un edificio elegante? ¿Hay dolor-dolor perfumado de lavanda? ¿Qué forma tiene allá, el dolor que hoy encima los cuerpos rasgados sin órdenes pre-establecidos en esta especie de abrazo contra el límite, de imperceptible fulgor común?

Sigo mi olor impregnado en los pasillos del barrio, me sumo, me acoplo, me hago oír. Me reflejo en las pupilas de los otros: crueles espejitos, tercos espejitos mudos. Tampoco ellos saben qué hacer con el sueño descuartizado, con este maldito horizonte hediondo. Cargan, también, el cuerpo herido, el deseo rasurado y la sucesión de pisadas azules que van formando un atajo o un camino de agujeros.

Un pibe de trece tritura una cerveza con la lengua y se estira sobre la esquina en la que lo llaman el rey, por el diente de oro que le pusieron en su país y por sus modales y porque

siempre deja pasar a las señoras que compran el pan y después pide la cerveza y se la toma despacio. Pero hoy el rey quiere que le digan hacia dónde van las pisadas, las huellas, el grito del fulgor común. Quiere saberlo y grita y se olvida de los modales y oculta su diente de Aladino y empieza a seguirmos para ver, punto o línea de la figura que formamos.

Y ve conmigo, colgado de mi hombro, a un nene de pies chiquitos que abraza a una lagartija y a su mamá que le dice que lo va a picar, que la suelte o la tire en la zanja. El nene la mira y se aferra con amor al bichito viscoso que parece feliz en la cuna o nido que el nene de pies, de deditos minúsculos, le inventa con sus manos.

Ahora la figura se transforma y el nene y la lagartija se convierten en uno de sus vértices. Ahora la figura tiene lados y se tensa lo que antes era solo un repentino ondular. Pero enseguida se hace ronda, círculo desordenado, y va siguiendo el camino de una voz que se parece a un racimo de uvas.

¿Cuáles son los pasos, las huellas, el atajo de la búsqueda del barrio redondo que avanza exhibiendo sus agujeros hacia allá con gritos dulces?

Un hombre viejo se entusiasma, me toma del brazo y me arrastra en su ilusión amarilla. Grita que ahora sí, que todos juntos, sí; que cómo antes. Me aprieta la cintura y casi me contagia las ganas de empujar al rey y a los otros, de agarrarlos de la mano, de llevarlos al minuto en el que fueron más felices.

Agitada, le cuento al rey que mis hijos se quedaron lejos, en la casa de mamá, al pie de la cordillera cálida. Mis hijos tendrían una sonrisa verde si ahora los arrastrara conmigo por los pasillos de tierra, mis hijos mostrarían sus dientes amarrotados por el agua con sarro y se pegarían al nene que besuquea a la lagartija. Si estuvieran aquí, si no los hubiera dejado con el guardapolvo blanco, sentados en la tierra caliente, aplastando a una lombriz. Si no los hubiera dejado con las trencitas recién

hechas y los zapatos lustrados; si no estuvieran juntando higos o aceitunas negras, jugando con piedritas de colores, si no estuvieran saltando el hilo de espuma que cruza el pueblo y escribiéndome cartas en imprenta, cartas con sumas y restas para que la mami vea cómo saben, cómo aprenden todo eso que en la escuela de guardapolvos blancos les enseñan a aprender. Si estuvieran ellos, yo llegaría hasta acá un poco más sonriente o quizá muerta de miedo estaría tomando el colectivo que me lleva al octavo piso de un edificio elegante.

O un poco más valiente, rey, tiraría a la fogata las ramitas que mis hijos me alcanzan, las ramitas secas que ellos saben elegir, las que encienden enseguida y contagian su fuego.

### *III*

Vas a levantarte con calor, vas a levantarte con furia porque no para de sonar el teléfono. Tu mujer te sacudirá con ojos tiernos para que atiendas al décimo sexto periodista que insiste en hablar con vos y dice que no va a cortar hasta lograrlo.

Vas a dudar qué decirle al periodista, vas a relativizar los sucesos, vas a bajar el tono. Vas a construir una especie de susurro para hablar de eso que todavía no terminás de entender. Quizá se te ocurra consultar con algún asesor o con otro funcionario, a ver qué les parece, qué será lo más conveniente. ¿Lo más conveniente para quién? Después de hablar con el periodista empezarás a dudar si habrá un después para vos. Si hay alguna estrategia que te garantice las delicias de la continuidad, esa cercanía con el busto frío de los próceres de la patria, de los hacedores. La continuidad de los pasillos ocre que ese día serán un laberinto que va a encerrarte entre la culpa y el recuerdo de la mañana en que soñaste ser distinto a todos los demás, tan iguales.

Vas a llegar a media mañana al centro neurálgico, al es-

piral de la furia; vas a escuchar los gritos rodeado y contenido; vas a mirar la televisión con desconfianza, intuyendo el plan macabro de una cofradía maldita y vas a creer en lo que te dicen los que te acompañan tras las ventanas tapiadas. Ese día no vas a ver el sol.

No sabrás –no querrás saber– que afuera acaban de cruzarle un rebencazo en la cara a una chica. Que un nene se cayó en la vereda y un caballo furioso le aplastó la pierna. De ninguna forma vas a enterarte que una columna de viejas se abrazó para formar un paredón indestructible y que eficazmente las pasaron por encima. No vas a enterarte de los disparos en los brazos y en la boca húmeda de un tipo de cincuenta que antes de morir, lloraba.

Vas a salir al pasillo a tomar aire, vas a pensar rodeado por las moscas. Vas a detenerte a mirar tu retrato, y el retrato de tu antecesor, y los de Rivadavia y Sarmiento. Vas a dudar sobre la sensatez de esa secuencia que te enhebra –como una perla pálida– en el hilo de la Historia.

Pensarás, obsesivamente, en ese collar de perlas falsas que es la Historia. Por un momento, ese día, vas a ser feliz; vas a sentirte parecido a los que babea poder desde los retratos muertos de tu laberinto. Secretamente, va a reconfortarte sentirte incomprendido, tener una razón oculta, una justificación compleja del presente.

Casi desesperado, vas a preguntarte qué es el poder.

¿Es esa tela albiceleste, ese brillo, esa excitación pomposa? ¿Es el movimiento que urde los hilos futuros, los hilos posibles, todo lo que puede cambiar o deslizarse? ¿Es el sentido, el para qué, el hacia dónde, de toda una entera larga vida de sacrificios? ¿O tu cabeza ahora sola apoyada entre las manos y el silencio atrás del ruido de la plaza? ¿la medalla, el diploma, el vino de honor? ¿el poder es una araña envenenada, el bicho que te chupó la sangre la mañana que te creyeron capaz? ¿es la

espera o la muerte lejos de los cientos de teléfonos a mano? ¿el pasillo ocre laberinto, puro agujero, silencio puro que te enhebra a la cadena inmemorial de perlas falsas?

Secretamente, va a reconfortarte sentirte incomprendido, tener una razón oculta, una justificación compleja del presente y el futuro; en el fondo, fondo de tu alma, la verdad es que ese día vas a ser feliz.



**Las palabras atrapadas en esta pequeña antología intentan recordar las vidas asesinadas en dos mil uno.**

- ACOSTA, Graciela, 35 años. Militante de DDHH. Fue asesinada en la provincia de Santa Fé mientras estaba con una amiga buscando a sus hijos. Se acercó a un supermercado frente al que unas mil personas reclamaban comida. Recibió dos impactos de bala, disparados rodilla en tierra por un policía al que su amiga vio perfectamente. Provincia: Santa Fe

- ALMIRÓN, Carlos “Petete”, 24 años. Petete era militante de la Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional (Co-rrepi) y de la Coord. de Desocupados 29 de Mayo. Recibió un disparo de la policía en el pecho en Av. 9 de Julio y Av. de Mayo cuando encabezaba una columna de manifestantes que intentaba volver a la Plaza de Mayo.

- ALVAREZ Villalba, Ricardo, 23 años. Asesinado en Rosario, Santa Fe.

- ARAPI, Ramón Alberto, 22 años. Estaba con amigos tomando tereré en el Barrio Nuevo de Corrientes. Entró al barrio una camioneta Ford F-100 bordó sin leyendas identificatorias y sin patente, con cinco hombres, cuatro con el uniforme de combate azul-celeste de la policía de Corrientes. Arapi trató de esconderse, pero dos de los policías lo corrieron y alcanzaron. Uno lo golpeó y le pegó un tiro que entró por el pecho y salió por la espalda.

- AREDES, Rubén, 24 años. Fue asesinado por la Policía federal mientras participaba en un corte de calles en Ciudad Oculta, Ciudad de Buenos Aires. Recibió cuatro balas de plomo por la espalda.

- AVACA, Elvira, 46 años. Recibió un escopetazo frente a un supermercado frente al que pasaba con su hija en Cipolletti, Río Negro. Recibió el disparo en la zona lumbar. El calibre de la bala es policial.

- AVILA, Diego, 24 años. Asesinado en Villa Fiorito, Buenos Aires.

- BENEDETTO, Gustavo Ariel, 30 años. Se encontraba en la esquina de Avenida de Mayo y Chacabuco, Ciudad de Bs. As., donde se estaba llevando a cabo una manifestación. Recibió un balazo en la cabeza que le provocó la muerte, disparado desde el interior del Banco HSBC, donde prestaba servicios como custodio privado el ex militar Varando, represor de La Tablada.

- CAMPOS, Walter, 17 años. Estaba esperando cajas de comida junto a cientos de personas frente a un supermercado en Rosario (Sta Fe), cuando un tirador de elite de las TOE (Tropas de Operaciones Especiales) le disparó a la cabeza.

- CÁRDENAS, Jorge, 52 años. Fue herido la noche del 19 en las escalinatas del Congreso de la Nación y falleció varios meses después.

- DELGADO, Juan, 28 años. Estaba con otras personas reclamando alimentos frente a un supermercado en Rosario, Santa Fe. Llegó un camión que aparentaba traer comida. Cuando los manifestantes se agolparon alrededor, de atrás aparecieron seis

móviles policiales que dispararon contra la gente. Delgado fue herido con balas de goma cuando huía de la represión. Un policía lo tumbó de un cachiporrizo en las piernas, lo apuntó con su itaka, pero se había quedado sin carga, por lo que sacó la pistola y le disparó a menos de un metro de distancia.

- ENRIQUEZ, Víctor Ariel, 21 años. Asesinado en Almirante Brown, Buenos Aires.

- FERNÁNDEZ, Luis Alberto, 27 años. Vendía sandías frente a un supermercado en la provincia de Tucumán. Durante la represión a manifestantes, un gendarme le disparó a poca distancia en la cabeza. Murió dos días después.

- FERREIRA, Sergio Miguel, 20 años. Baleado durante la pueblada del 19 y 20 de diciembre de 2001. Murió un año después a raíz de una complicación hepática desencadenada por el balaazo en el hígado recibido cuando la policía cordobesa reprimió duramente un saqueo a un supermercado del barrio Villa El Libertador.

- FLORES, Julio Hernán, 15 años. Asesinado en Merlo, Buenos Aires.

- GARCÍA, Yanina, 18 años. Recibió un disparo en el abdomen cuando, desesperada por los ruidos de las balas, salió a la vereda a buscar a su pequeña hija. Ocurrió en Rosario, Santa Fe.

- GRAMAJO, Roberto Agustín, 19 años. Un grupo de jóvenes estaba siendo perseguido por la Policía, que les disparaba balas de goma, en Alte. Brown, Buenos Aires. A la corrida se tuvieron que sumar todos los que estaban en la calle, ya que la Policía disparaba a mansalva. Un vecino pudo observar que en una obra

en construcción que está ubicada en diagonal a su ventana había dos policías escondidos en las columnas. Uno de los policías disparó con balas de goma para lograr la retirada de los jóvenes, mientras que el otro policía se quedó escondido en la tercera columna de la obra en construcción y sacó el arma reglamentaria y efectuó tres o cuatro disparos. Uno de los disparos atravesó la cabeza de Roberto, que iba de su casa a la de su tío.

- GUÍAS, Pablo Marcelo, 23 años. Asesinado en San Francisco Solano, Buenos Aires.

- ITURAIN, Romina, 15 años. Asesinada durante la pueblada del 19 y 20 de diciembre, mientras estaba en su casa, adonde ingresó una bala policial disparada contra quienes protestaban frente a un supermercado en Paraná, Entre Ríos.

- LAMAGNA, Diego, 26 años. Murió después de haber sido herido en el pecho con un perdigón de plomo. Según testigos, le dispararon policías de civil desde un auto particular en la Ciudad de Buenos Aires.

- LEGEMBRE, Cristian, 20 años. Asesinado en Castelar, Buenos Aires.

- LEPRATTI, Claudio “Pocho”, 35 años. Militante comunitario. Estaba en la terraza de la escuela en la que colaboraba (era profesor de filosofía, y ayudaba como cocinero) cuando el móvil n° 2270 del Comando de Arroyo Seco se dirigía a reprimir un corte de calles de los vecinos del barrio. Los policías detuvieron el móvil y empezaron a disparar. Pocho gritaba que no lo hicieran porque había muchos chicos. Velásquez, el efectivo condenado a 14 años de prisión, dijo en la reconstrucción que disparó sin apuntar y que no sabía si tenía balas de goma o de plomo. El

proyectil que lo mató ingresó por la garganta. Fue en Rosario, Santa Fe.

- MÁRQUEZ, Alberto, 57 años. Durante la manifestación en la Ciudad de Buenos Aires, de una camioneta salieron civiles y uniformados que empezaron a disparar indiscriminadamente. Alberto Márquez recibió dos balazos en el tórax a consecuencia de los cuales murió. Uno de los autores es el comisario Oliverio, jefe de asuntos internos de la PFA, quien está detenido.

- MORENO, David Ernesto, 13 años. Salió corriendo cuando la policía empezó a disparar contra los vecinos que se agolpaban frente a un supermercado en la provincia de Córdoba. La autopsia determinó que David fue herido con cinco proyectiles, algunos de goma y otros de plomo. De la nuca le extrajeron una posta de plomo que pertenecería a un cartucho disparado por una escopeta calibre 12/70 de la Policía. Los impactos en su cuerpo y en los de los otros heridos fueron por la espalda, por lo que se descarta que hayan sido lesionados por otras armas que las que disparaban los uniformados.

- PACINI, Miguel, 15 años. Asesinado en la provincia de Sta Fe, recibió varios disparos en el cuello.

- PANIAGUA, Rosa Eloísa, 13 años. Había ido con su familia a buscar comida en un supermercado en Paraná, Entre Ríos, porque el comisario del barrio había hecho correr la voz de que entregarían mercadería. Al llegar los esperaban policías y gendarmes. La bala entró por la parte superior de la cabeza y salió por la boca.

- PEDERNERA, Sergio, 16 años. Baleado durante la pueblada del 19 y 20 de diciembre en la provincia de Córdoba. El joven

se encontraba en la calle buscando comida para su familia en el marco de los reclamos masivos que se realizaron en supermercados, cuando recibió una bala policial en el tórax que le produjo una paraplejia. Un año después falleció en el hospital.

- PEREYRA, Rubén, 20 años. Baleado por la policía cuando regresaba a su casilla llevando al hombro una caja con alimentos entregados en un supermercado. En Rosario, Sta Fe

- RAMÍREZ, Damián Vicente, 14 años. Asesinado de un balazo en el cuello en la esquina de Maciel y Cristianía, Gregorio de Laferrere, Buenos Aires.

- RIOS, Sandra. Asesinada durante la pueblada del 19 y 20 de diciembre. Sin datos.

- RIVA, Gastón Marcelo, 30 años. Circulaba en moto por la Avenida de Mayo en la Ciudad de Buenos Aires, cuando recibió un disparo en el pecho proveniente de alguna de las armas de un grupo de cuatro policías que estaban disparando.

- RODRÍGUEZ, José Daniel. Asesinado en Paraná, Entre Ríos.

- ROSALES, Mariela, 28 años. Asesinada en Lomas de Zamora, Buenos Aires.

- SALAS, Ariel Maximiliano, 30 años. Asesinado en la esquina de Maciel y Cristianía, Gregorio de Laferrere, Buenos Aires.

- SPINELLI, Carlos Manuel, 25 años. Fusilado desde un Gol blanco durante la rebelión popular del 19 y 20 de diciembre. Sucedió en Pablo Nogués, Buenos Aires.

- TORRES, Juan Alberto, 21 años. Sufrió una herida de arma de fuego en la zona abdominal. En Corrientes.

- VEGA, José, 19 años. Asesinado en Moreno, Buenos Aires.

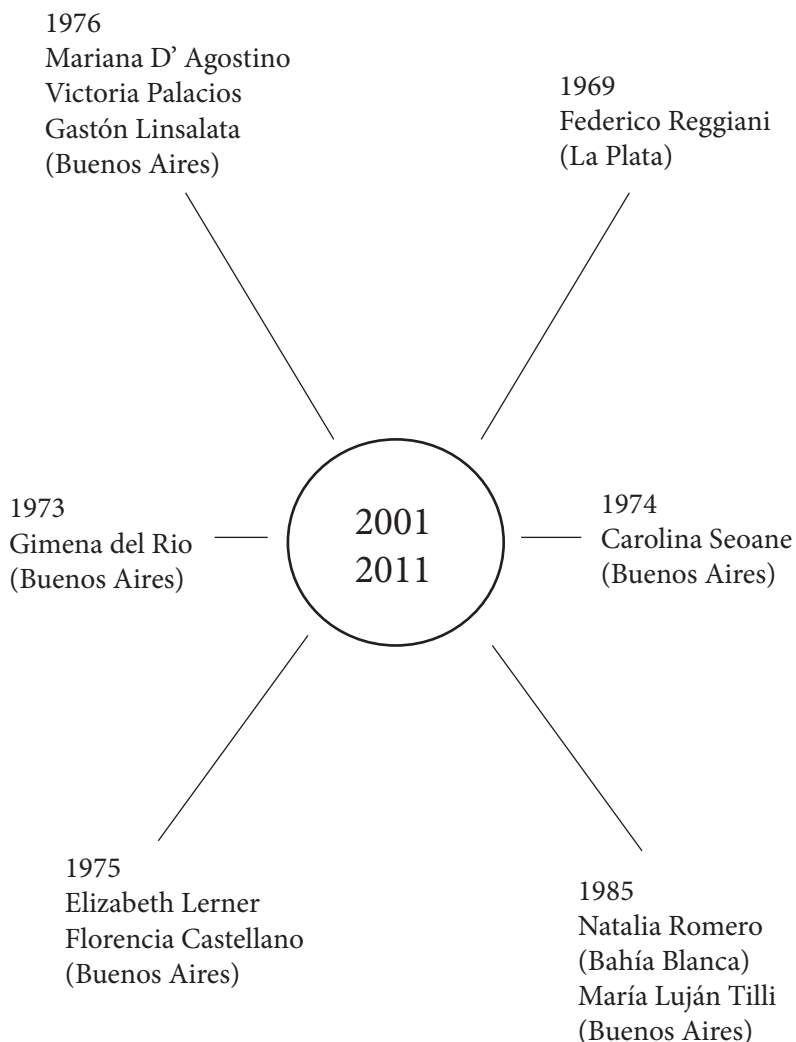
- VILLALBA, Ricardo, 16 años. En Rosario, Sta Fe, recibió un tiro en un ojo cuando vecinos manifestaban pidiendo alimentos frente a un autoservicio. Murió el 23 de diciembre.

Fuente: **CORREPI**





## LOS AUTORES DE ESTA ANTOLOGÍA



Se terminaron de imprimir 500 ejemplares, en el mes de noviembre de 2011, en los talleres gráficos de Tecnooffset, Araujo 3293, Ciudad de Buenos Aires, República Argentina.